

“Pinto lo que veo”. Mis contactos con Manuel Lucas Jiménez en Villanueva de los Infantes

F. Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA

Internet sabemos que nos lleva de sorpresa en sorpresa y la pantalla del ordenador nos pone al alcance de un clic con el encuentro de lo que no esperábamos. No sé cómo llegué a: <https://manuel-lucas.org/>, página de reciente creación, pero lo importante fue el torrente de recuerdos que me llegaron.

Efectivamente salté muchos años atrás para situarme en los días de verano que con lecturas y material de estudio -fichas, apuntes, fotocopias, etc.-, me trasladaba a Villanueva de los Infantes para descansar y adelantar trabajos bajo el toldo del patio bien regado y lleno de macetas que no dejaba de ser un auténtico oasis por mucho calor que hiciese en la calle de estos pueblos -y lo hace-, donde una mañana de julio “el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel” (*Don Quijote*, II, 2).

Por eso en una ocasión he utilizado en un concurso el seudónimo de “Ociosas plumas”, obteniendo un premio, pero ahora no viene al caso, salvo el recuerdo del patio, casi machadiano para mí: “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, / y un huerto claro donde madura el limonero” (= Palacio de Las Dueñas).

Un día de uno de esos veranos al salir de misa por la tarde de la Parroquia de San Andrés, en los soportales próximos de la plaza, junto a la puerta del Juzgado, estaba fumando Manuel Lucas -alto, derecho, fuerte-. Se acercó a mí a saludarme y decirme, con la media lengua que tenía por sus limitaciones físicas,

que quería enseñarme unas cosas; le dije que no había problema, y quedamos para el día siguiente en el mismo lugar.

Conocía a Manuel como una persona solitaria, según le veía por la calle, pero no le había tratado nunca. El ser sordomudo desde la infancia le había apartado de casi toda la vida social, aunque muy atento correspondía a los saludos de los conocidos con voz fuerte y un gesto amable levantando la mano. Esa disminución física tan importante le había hecho no tener formación escolar suficiente, aunque algo debió de tener; he oído que no sabía leer ni escribir, pero no tuve posibilidad de confirmarlo.

Según lo acordado, al día siguiente me estaba esperando en el mismo lugar con una carpeta de cartón con gomas que tanto se utilizaron antes de la invasión de los archivadores de plástico -fundas, carpetas y portafolios, etc.-, que han llenado de color las estanterías y las mesas de todos los despachos. Me hablaba de que quería enseñarme unos dibujos que hacía para que le dijese mi parecer. Lógicamente me sorprendió lo que decía -y con dificultad entendía-, por enterarme de golpe que dibujaba, y porque me considerase con categoría para darle una opinión que él consideraba calificada.

Le dije -y procuraba hablar despacio pronunciando bien las palabras porque miraba fijamente a los labios-, que yo era de Historia, aunque también impartía clases de Arte, y trabajaba en aquellos temas artísticos que me interesaban. Se puso a reír ampliamente y a decirme que sabía cosas más.

Por fin abrió la carpeta que no tenía más de 6/8 dibujos en papel normal -nada de verjurado o calidad similar de Guarro, Canson, Conqueror, etc.-, tamaño folio y más pequeños, y de golpe pude ver que eran sencillos dibujos “infantiles”, por llamarles así, que recogían escenas de la vida del pueblo. Entroncaban directamente con la corriente “naif” o “naíf”. Un resumen de ese tipo de pintura, para ponernos en tema, podemos encontrarlo en estas palabras:

“El origen de esta forma de arte se encuentra, como es natural, en la pintura popular, en los exvotos y en los retratos realizados por artistas callejeros, retratos a los que, antes del entusiasmo que a la muerte de su autor provocaron las pinturas de del aduanero Rousseau (1910), nadie había pensado en calificar de “artísticos”. Los pintores *naifs* suscitaron, primero, la simple curiosidad de los pintores Signac y Luce (...); luego, la atención de los escritores (Alfred Jarry, Remy de Gourmont, Apollinaire, Max Weber, etc.), y finalmente fueron “lanzados” por el crítico alemán

Wilhelm Uhde, quien, de 1906 a 1910, se convirtió en su protector, defensor y marchante”¹.

Ya vemos que la inocencia, lo sencillo y lo instintivo, pueden ser rasgos fundamentales de esta pintura que inicialmente cultivaron artistas aficionados; escogían escenas de la vida cotidiana de los diversos lugares donde vivían, plasmándolas generalmente en obras de pequeño formato. Todo, expresado con espontaneidad, con minuciosidad de detalles y sin hacer mucho caso a las leyes y las normas establecidas en el arte de la pintura, como perspectiva, proporción, color, etc. También se puede decir que son composiciones donde los respectivos autores expresan la visión que tienen interiorizada de una realidad concreta, entre infantil y poética, de escenas muy repetidas y que por lo tanto las tienen grabadas en su conciencia; de alguna manera son imágenes almacenadas y con las que están muy familiarizados.

Se puede dar el caso de que, otras veces, elaboran escenas como un puzle o rompecabezas, sacando de su recuerdo personas, objetos, lugares, paisajes, etc., y creando una composición donde parcialmente se reconoce cada una de las “piezas o unidades”, pero dando al conjunto el encanto de la espontaneidad que tanto elogió el crítico W. Uhde, y supo difundir en el público logrando que el estilo y sus creadores entrasen en la Historia del Arte, y sus obras en los museos².

Todos estos contactos con Manuel Lucas coincidieron con mi estancia malagueña donde conocí a Mari Pepa Estrada y Segalerva (+ 1997), que pocos años antes había hecho una exposición individual en el Museo de Bellas Artes de Málaga (1969), que la lanzó al reconocimiento de gran artista naif y le abrieron las salas de Madrid y de Europa. Esa coincidencia y mis estudios de arte hizo que me interesase por este movimiento artístico tratando de profundizar en él³.

Volviendo a nuestro tema, la primera impresión me sorprendió al ver lo que aparecía ante mis ojos; le miraba a él y miraba los dibujos. Manuel estaba

¹ “Naïfs (los)”, en CABANNE, P., *Diccionario Universal del Arte*, Barcelona 1981, t. IV, p. 1074.

² GRANADOS VALDÉS, A., *Sobre el arte naif*, Tecnovic AG, Madrid 2009; BRODSKAIA, N., *Arte Naif*, New York 2012; <https://masdearte.com/especiales/arte-naif-en-busca-de-la-inocencia-perdida/>.

³ RESA SAMPER, P., “Málaga de antaño en los pinceles naifs de Mari Pepa Estrada (Málaga, 1905-1997)”, en *Pupitre de Museología*, lunes, 8 de enero de 2018:

<https://jpalomaressamper.blogspot.com/2018/01/malaga-de-antano-en-los-pinceles-naifs.html>.

pendiente de mi cara (expresión); tuve reflejos inmediatamente para sonreír, como señal de que viese que me agradaba lo que contemplaba, y llevarme los dedos de la mano en forma de pera a la boca como gesto de que esos dibujos eran buenos. La cara se le iluminó y me sonrió.

Superado esos momentos comenzó a hablarme con la dificultad que lo hacía y lo que me costaba seguirle, perdiendo la mayor parte de su discurso, y tratando de rehacer el contenido por unas pocas palabras que le entendía. Algunas veces le señalaba al azar alguna figura del dibujo que estuviese en un lugar destacado y trataba de explicarme lo que era y significaba. Y gesticulaba para ampliar mejor la historia, y complicar mi intelección. Como eran escenas de la vida del pueblo, y yo me había criado en él, con pocas palabras que entendiese, cogía el hilo del tema. Le felicité y le animé a que siguiese dibujando.

El verano siguiente y algún otro más, a los pocos días de llegar me esperaba en la esquina de los soportales con la carpeta hasta que me veía y nos saludábamos. Le preguntaba si continuaba trabajado y sonreía diciendo que sí; abría la carpeta y me enseñaba, pero no podía saber si había muchos más dibujos que el año anterior, porque todos eran escenas de la vida del pueblo, fundamentalmente fiestas, y no guardaba idea concreta del número que había visto. Ciertamente los había de gran complejidad por la abundancia de figuras, puntos de vista que plasmaba en un mismo plano y la cantidad de detalles de los objetos que recogía: edificios, escenas de las procesiones de Semana Santa, del Santuario de la Virgen de la Antigua, de corridas de toros, faenas agrícolas, etc. Cuando reconocía las cosas y le decía una palabra clave para que supiese que me había dado cuenta lo que era, volvía a coger la palabra contento y aumentaba la explicación y mi confusión.

En una ocasión le pregunté si tenía modelos de dibujos similares y libros. No sé si me entendió en el sentido que se lo preguntaba pero no comprendí lo que me decía; con delicadeza y dando un rodeo insistí en la pregunta de varias formas. Debió de entender porque llevándose un dedo al ojo y señalando con la mano a la Plaza en general, me dijo: “Pinto lo que veo”; por eso así he titulado esta crónica lejana; evidentemente es la mejor declaración de autor, clara y evidente.

Unos de esos veranos en el santuario de la Virgen de la Antigua, aprovechando la sombra de los pinos y la tranquilidad de aquel lugar tan entrañable para los infantes, solía ir por las mañanas un rato con mis sobrinos pequeños antes de que empezase el calor y llegase la hora de la piscina. Un día apareció Manuel, y

al verme se acercó a saludarme, sonriente como siempre; llevaba un cuaderno forrado -no recuerdo la calidad del papel-, y me habló de sus dibujos mientras pasaba las hojas, comentando las escenas. Que yo recuerde, no me dejó nunca el cuaderno ni la carpeta con los papeles sueltos. Era más de lo mismo; variaciones de lo que ya conocía. Episodios de la vida del pueblo: la feria, la romería, alguna procesión o escena callejera y tipos conocidos. Me acuerdo que mi sobrino Felix José, niño y curioso, veía sorprendido los dibujos; disfrutaba enormemente porque los identificaba perfectamente, y Manuel sonreía al ver la expresión del niño. Eso era el Naif, como algún crítico había dicho: “pintura para gozo de niños y sonrisa de mayores”.

Más o menos así fueron mis breves contactos con Manuel, en los que me enseñaba dibujos y se repetía el mismo diálogo complicado; creo que no vi todos y pensé que me fue enseñando los que más le gustaban. Una de las veces me quiso regalar algunos pero le dije que no. Viendo que no le gustaba mi actitud, y dándome cuenta de que él pensaría que en el fondo no los apreciaba, volví a tener reflejos y le dije que abriese la carpeta y elegiría uno. Comprendiendo el tipo artístico a que pertenecían sus dibujos, y que me gustaban varios, repasamos los que tenía en carpeta hasta que me agradó uno especialmente porque me traía recuerdos personales vividos.

Me sonrió cuando le señalé uno pequeño y enseguida me explicó lo que era, y le dije que lo sabía por haber vivido esa escena. Es el que tengo enmarcado en el despacho y tantas veces miro. Y ahora regreso a Internet, que decía al comienzo. Cuando me encontré con esa Web donde se pedía cualquier tipo de información sobre Manuel Lucas Jiménez; de alguna forma me sentí obligado a responder por los breves contactos que tuvimos, por el aprecio que me manifestaba... y por el dibujo que tengo. Me respondió Miguel Alarcón (*Caroline Fournier & Miguel Alarcón*), encantado de la nota que le había enviado; posteriormente le mandé fotografía del dibujo de Manuel y el compromiso de escribir algo, que es la justificación de estas páginas.

El dibujo que elegí representa una escena concreta del carnaval, con enorme tradición en muchos pueblos de la geografía española -especialmente Castilla-La Mancha-, y con muy pocas variantes a pesar de las ubicaciones, por ejemplo: Madrid, Aguilar de Campoo (Palencia), Torrejón del Rey (Cuenca), La Roda (Albacete), y en el Campo de Montiel, Torre de Juan Abad y Villanueva de los Infantes.

Así lo explica la Fundación del Español Urgente (FUNDÉU):

“La palabra proviene de un juego de carnaval, en el que un personaje, llamado en algunos sitios «el tío al Higuí» o «el tío Aliguí», llevaba al final de un cordel, atado a una caña, un higo seco que los niños tenían que atrapar con los dientes. El personaje en cuestión cantaba, durante el juego: «¡Al higuí, al higuí; con la mano, no; con la boca, sí!». En otras versiones, se escribe «aliguí» y «aliquí».

«Al aliguí» o «al aliquí» hace alusión a esa forma de atrapar el higo: algo hecho «al aliguí» es algo improvisado, chapucero, hecho sin mucho pensar y aprovechando la ocasión, lo que también se expresa, por ejemplo, con la locución «aquí te pillo, aquí te mato»⁴.

Y así lo recoge el Diccionario Histórico de la Lengua Española (1960-1996):

“alhiguí, *aliguí*. (De *al higuí*.) interj. ¡Al higuí! Grito que acompaña a un juego de carnaval consistente en poner un higo seco suspendido en un palo y hacerlo saltar en el aire mientras los muchachos tratan de cogerlo con la boca. También se usa humorísticamente fuera de esta circunstancia.

c1918 NAVARRO TOMÁS *céd. Ac. s/v aliguí*: Está prohibido terminantemente acudir con las manos [a atrapar el higo]; el que dirige el juego ya lo recuerda así al compás de los golpes de caña: aliguí, aliguí, / con las manos, no, / con la boca, sí”⁵.

En Villanueva de los Infantes he conocido y recuerdo esta figura que, como el flautista de Hamelín, cuando salía a la calle recogía a toda la chiquillería; gritábamos de alegría y nos empujábamos unos a otros por saltar; siempre había alguno que pretendía coger el higo con la mano pero el “Tío Aliguí” tenía la suficiente agilidad para levantar la caña, mientras la cuerda que sostenía el higo suspendido se zarandeaba de una a otra parte, excitando más a los chicos que aumentábamos los gritos.

⁴ <https://www.fundeu.es/consulta/aligui-al-higui-aliqui-347/>; GARCÍA Y ADELL, ¡Al higuí!, Domingo, 10 de febrero de 2008: <https://garcia-adell.blogspot.com/2008/02/al-higu.html>; “El aliguí o zarrabullo”, en *El blog, de Nanín*, miércoles, 31 de enero de 2018: <https://blognanin.blogspot.com/2018/01/el-aligui-o-zarrabullo.html>; VILLAR ESPARZA, C., “Mitología popular (Campo de Montiel)”, en *Revista de Folklore* (Valladolid), nº 282, pp. 183-195; “Aliguí, el tío”, p. 183; IRIBARREN, J. M^a, *El porqué de los dichos*. Gobierno de Navarra, 71993, pp. 80-81.

⁵ “Alhiguí, *aliguí*”, en Real Academia Española, *Diccionario histórico de la lengua española. seminario de lexicografía*, Madrid 1960: <https://apps2.rae.es/DH.html> // <https://www.rae.es/tdhle/alhigu%C3%AD>.

El dibujo de Manuel representa claramente lo recogido en las fuentes literarias que hemos citado y se puede comprobar en la reproducción. El dato concreto de quién era la persona que encarnaba la figura del personaje, y si siempre era el mismo, no lo puedo aclarar. Al menos algunos años quisiera recordar -con cierto temor por si me equivoco-, que fue Emérito Lorenzo -“Meri”-, uno de los miembros de la familia *de los* “Liguitas”, propietaria de la conocida pastelería, ya centenaria, “La Providencia”. Persona popular; los domingos colocaba un carrito en la esquina de la Plaza Mayor con la calle José Antonio; tuvo otros nombres oficiales pero siempre la conocimos como la de las Tiendas. Tenía golosinas y algunos productos salados, más buscadas fundamentalmente por los niños; su simpatía hacía que siempre estuviera rodeado de ellos y para todos tenía una palabra de afecto.

Esos días aparecía siempre bien vestido y perfumado; quizás en el dibujo Manuel Lucas quisiese hacer alusión a esa persona, puesto que la imagen que reproduce no es la de un tipo vestido de saco o harapos como en otros pueblos, y parece que alude a alguien concreto. Si me dijo quién era ya no lo recuerdo, ni tampoco si aguan vez fue él.

Hasta aquí los recuerdos de mi relación con Manuel Lucas Jiménez y el comentario al dibujo que encantado me regaló y he conservado. Muchos años lleva enmarcado en mi biblioteca, y cuando lo miro con detenimiento revivo con afecto el recuerdo de una agradable experiencia.

10 de diciembre de 2022 en San Lorenzo del Escorial.

